

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUI-
XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEIAR,
Marques de Gibralfon, Conde de Benalcazar, y Bañares,
Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.

Año,



1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Juan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Rubles, librero del Rey nro señor.

EL ESPAÑOL

ALLENDE EL MAR

EUSEBIO LLÁCER

Las lenguas existen, funcionan, se escriben o no se escriben en conexión con la situación de vida de quienes las hablen; esos fenómenos de cultivo o no cultivo literario no dependen de cómo sea la estructura formal de la lengua, sino de cómo sea ésta habitada por sus hablantes.

AMÉRICO CASTRO¹

La historia de una lengua es la historia no sólo de la evolución diacrónica o los diferentes estratos sincrónicos de ésta sino, mucho más allá de todo esto, un reflejo de la historia y la cultura de los pueblos, sus relaciones, sus conflictos, sus guerras, sus conquistas y sus dominaciones. Por ello en este breve bosquejo sobre el estado pasado, presente y futuro de la, para muchos de nosotros, lengua común, intentaré esbozar los principales hitos y circunstancias fundamentales en su evolución a lo largo de más de un milenio. Para imaginar el principio, viajemos por un momento a una península ibérica en un tiempo antiguo y primigenio, donde encontraremos,

una Hispania no indoeuropea, que comprendería la vertiente norte del valle del Ebro, la fachada mediterránea más las Baleares y el valle del Guadalquivir, con las lenguas vasca, ibérica y turdetana, como mínimo, como lenguas paleohispánicas y, probablemente, una limi-

tada presencia del fenopúnico. El resto de la península aparece indoeuropeizada, con el lusitano, el celtibérico y, al menos, una lengua o dialecto celta más (Correa, pág. 49).

La lengua española posee una larga historia que se remonta, según las crónicas, al siglo XI, cuando encontramos las primeras manifestaciones de una lengua a caballo entre varias lenguas o variedades. Parece indudable que los primeros estadios de la evolución de nuestra lengua están íntimamente relacionados con el cordón umbilical del antiguo territorio de la vieja Castilla; en un sentido más general, con la península ibérica (“Hispania” –*tierra de conejos*– para los romanos), y en particular, lo que siglos después se denominaría España. Recordemos, no obstante, la llamada de atención de Américo Castro (1985): el gentilicio “español” fue

¹ Américo CASTRO, *Sobre el nombre y el quién de los españoles*, Madrid, Sarpe, 1985, pág. 31.

dado por gentes de otras tierras que por razones comerciales, o de otra índole, percibían como “unidad” una tierra dividida entre musulmanes y cristianos, y subdividida a su vez entre éstos en gallegos, castellanos, aragoneses, catalanes, etc., y así nos encontramos con la paradoja de que el nombre de todo un pueblo es en origen “un extranjerismo venido de Provenza hace sólo setecientos años” (pág. 32).

ORÍGENES Y EVOLUCIÓN

La evolución del latín hacia la formación de las nuevas lenguas romances arranca de la situación lingüística que hemos denominado *protorromance*, que llega hasta el siglo VIII. A partir de este momento se produjo en toda la Romania un movimiento generalizado de transformación de estructuras fonemáticas, morfológicas y sintácticas de tal naturaleza que constituyó un macroproceso de desmembración de la lengua original en otras derivadas de ella (Bustos Tovar, pág. 268).

La paulatina desaparición, primero de la influencia política romana en sincronía con la dominación visigótica, geográficamente incompleta en la península y mucho más breve, también nos dejó, sin embargo, su impronta; sobre todo, en el vocabulario de tipo antropónimo –Alfonso/Alonso, Álvaro/Alves, Gonzalo, Guillermo, Fernando, Raimundo, Rodrigo, Elvira– y toponímico –Zaratán, Wamba, Victoriacum (Vitoria/Gasteiz), Ologicus (Olite)–, aunque también en vocablos como *xaira* (del gót. *Sharjah, ‘espuerta de junco’), f.: ‘sera, espuerta’; y otros de uso cotidiano como *guant* (del germ. Want), m.: ‘guante’; *guerra, gera, gerra* (del germ. Werra), f.: ‘guerra’; o *guisa* (del germ. *Wisa), f.: ‘manera, guisa’; y *guidare* (del germ. Witan), tr.: ‘guiar’.

Aunque comúnmente la influencia gótica ha sido cuando menos desmerecida por los españoles en general, el hispanista germano Dieter Kremer (2004) afirma que en el latín de la época “germánica” (latín visigótico) se encuentran los orígenes directos de los romances peninsulares: “Ya antes de la debacle de 711 se debe partir de la base de una simbiosis de las poblaciones nativa y germánica, y ésta alcanza sin fisuras a la población románicohablante de la península” (págs. 133-148).

Así y todo, la prolongada y extensa dominación posterior de al-Andalus sobre la península ibérica, representa la segunda de las más importantes influencias léxicas en

el “castellano”, hoy día vigente en el español contemporáneo en vocablos toponímicos como Guadalquivir, Alzira, Benicasim, Alcázar, Madrid, Almansa, Medina, y otros de uso cotidiano como *zaguán, alcoba, alféizar, baldosa, alacena, azotea, alcayata, albañil, azulejo, aceite, cifra, guarismo, acequia* y tantas otras.

Durante la prolongada fase de dominación árabe, las lenguas “intermedias” como el mozárabe, en contacto con el latín en esta fase evolutiva, adquieren un doble papel de testigos de excepción y relevantes partícipes en la evolución de las lenguas romances en la península ibérica, lo que se hace especialmente patente en la *jar-chyas*, textos poéticos glosados por escritores árabes, y se manifiesta en otros muchos documentos léxicos de orígenes diversos. Así, Manuel Seco (2004) ha hallado vocablos en el léxico hispánico primitivo (siglos VII al XII) de origen oscuro como *fudine, fudene*: f. ‘funda’; prerromano como *kařařkiřa*: f. ‘carrasquilla, encinilla’; celta como *alpe, alpeo*: ‘cumbre’; griego como *garbanço (ἐπέβivθος)*: m. ‘garbanzo’; turco como *zapatá, zabbata* (es turco según el DRAE y García de Diego; de origen incierto según Corominas): m. ‘zapato’; o vasco como en *hizquierdo (ezquerria)*: adj. ‘izquierdo’.

Los orígenes del castellano son, en cierta medida, “comunes” y su evolución hasta bien entrado el siglo XIII se entremezcla con los del gallego, el catalán, el aragonés, el asturleonés o el navarro, no únicamente por su tronco lingüístico común como lenguas latinas o romances, sino por compartir suelo e intercambios culturales y de población constantes. La evolución habría sido más uniforme, no obstante, si a partir de 711 la península ibérica no se hubiese desmembrado territorial, política y culturalmente. El caso del euskera (vasco) es especial, puesto que su evolución, básicamente oral hasta bien entrado el siglo XIX, y la geografía montañosa de su dominio de uso, le confirió, desde sus más remotos orígenes, una vocación mucho más estanca e impermeable a influencias externas desde o hacia otras lenguas próximas. Por ello, el euskera es, hoy por hoy, una de las lenguas –ergativas*, a diferencia de las indoeuropeas– con un origen más misterioso.

* El sujeto intransitivo es igual al objeto transitivo (modo nominal) y el sujeto transitivo es diferenciado. (modo ergativo) NOTA DEL EDITOR.

Tradicionalmente se relata la aparición, en el siglo XI, de las Glosas Emilianenses y Silenses –léxicas y gramaticales o fraseológicas–, como probable origen del “castellano”, aunque posiblemente se traten de una suerte de “koiné” lingüística en la que se mezclan rasgos pertenecientes al castellano, riojano y aragonés, con algunos del navarro, ya que la Rioja era una zona de transición entre Castilla, Aragón y Navarra (con algunos rasgos dialectales propios que desaparecerían en el s. XIII), y que en aquel tiempo todavía no se habían delimitado las distintas variedades dialectales en lo que luego serían lenguas romances, aunque se notan ya ciertas tendencias” (Bustos Tovar, pág. 304).

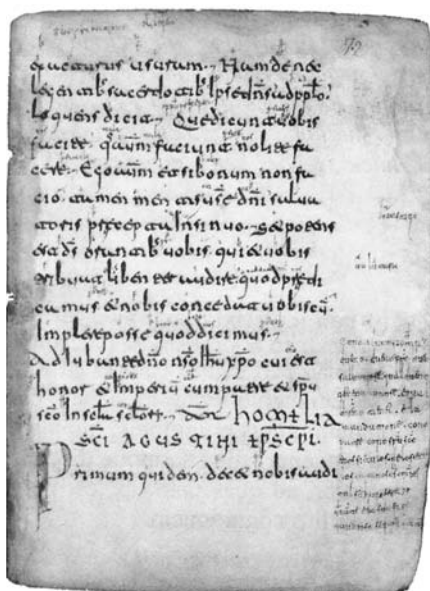
Quizá de autor gascón o catalán, Enzo Franchini (2004: 335) considera el *Auto de los Reyes Magos* como la única pieza de la alta Edad Media española conservada, compuesta probablemente en la segunda mitad del siglo XII. En cuanto a nuestro archiconocido *Cantar de Mio Cid* –poema épico, que narra y engrandece las hazañas del Cid Campeador en verso irregular y asonantado–, su datación y variedad, Menéndez Pidal piensa que se trataría de un poema castellano de alrededor de 1140, mientras otros estudiosos –como Antonio Urbieto y René Pellen– lo colocarían en el siglo XIII, y hablarían de aragonesismos:

Veed quál ondra creçe—al que en buen oración,
quando señoras son sus fijas—de Navarra e de Aragón.

Oy los reyes d’España—sos parientes son,
a todos alcança ondra—por el que en buen oración.

(*Cantar de Mio Cid*, vv. 3722-3725, citado en Lapesa, 1985: 33).

En cualquier caso, los cantares de gesta primero, y los buenos oficios de los monjes del mester de clerecía después, con su exponente máximo en Gonzalo de Berceo, constituirán ya los orígenes literarios de lo que luego se llamaría “español” o “castellano”: “quiero fer una prosa en romanz paladino / en qual suele el pueblo



GLOSAS EMILIANENSES, SIGLO XI.

fablar con su vecino” (*Vida de Santo Domingo de Silos*, 2, citado en Cano, pág. 347).

Uno de los desarrollos más sobresalientes y peculiares del período entre los siglos XII y XVII fue el fenómeno de ida y vuelta de la apócope de la vocal en castellano antiguo. Probablemente –como señala el profesor Lapesa (1985)– la influencia árabe y mozárabe, y después la francófona, habrían provocado este curioso fenómeno, consistente en la pérdida de las vocales –sobre todo *e* y *o*–, especialmente –aunque no sólo– en posición final. Desde el siglo XIII, a medida que avanza la

reconquista y las pérdidas de los territorios de las dinastías “francas”, el nacionalismo creciente acelera el declive de la política ultrapirenaica. Tras la unión de las coronas castellana y leonesa en 1230, la inmediata conquista de Andalucía por Fernando III y la caída de Mallorca y Valencia en poder de Jaime I de Aragón, el sentimiento de la cristiandad española se refuerza notablemente hasta que, utilizando la traducción al romance del árabe del *Libro de la ochava esfera*, el rey Alfonso X el Sabio, decide en 1276 imponer sus propias preferencias, fijando las normas del español literario. A partir de aquí la apócope sólo se mantiene en La Montaña y otras zonas de influencia navarroaragonesa y catalana.

El español, hasta bien entrado el siglo XVI, no había conseguido liquidar la anarquía medieval, sin límites claros entre el vulgarismo y el habla culta, por lo que convivían gran número de formas y construcciones provenientes del mismo origen: del latín “comes” a *comde*, *co-*

MANUSCRITO DE GONZALO DE BERCEO, MÁXIMO EXPONENTE DEL MESTER DE CLERECÍA.



CANTAR DEL MIO CID, POEMA ÉPICO CASTELLANO.

mide, çomide, comit, comité, comito, compte, comte, conde, conte, cuende, gomite, komde; o del germánico “Helm” a *gelmo* [yelmo], *ellemo, elme, elmo, gelamo, gelemo, helmo*. Sin embargo, comenzaba a aparecer un “sentido” del lenguaje correcto, patente en una paulatina selección.

El embrión de España como hoy la conocemos nace a fines del siglo xv, con la expulsión de los moros de Granada por los Reyes Católicos (1492), lo que posibilita en la práctica dicha unidad política. A partir de este punto de inflexión, el “castellano”, si bien diferenciado en España de otras lenguas peninsulares hasta la actualidad, comienza a adquirir un carácter mucho más universal con la llegada de los españoles a América y la posterior colonización. Es a partir de entonces, cuando el “castellano” hablado fuera de las fronteras de España se transforma en el “español” como lengua amplia, diversa y universal. De cualquier modo, la evolución del español en América es lenta, y hasta bien entrado el siglo xviii, la península sigue llevando las riendas en el desarrollo cultural y lingüístico-normativo del español: “*Castellano y español* se convierten en sinónimos. [...] Las demás formas del español [...] se convierten en variantes diatópicas de la lengua española o castellana. [...] No hay criterios ‘objetivos’ para diferenciar un dialecto de una lengua. Es la conciencia lingüística del hablante medio la que decide y a veces no decide de una manera muy clara” (Gauger, pág. 683).

Aunque hubo un Siglo de Oro de las letras españolas entre mediados del siglo xvi y mediados del xvii, el auge de la literatura española que hoy se considera clásica, casi un siglo antes, la poesía renacentista de Garcilaso de la Vega había precedido a los barrocos, poniendo la semilla de lo que tiempo después se convertiría en la irrupción de la cultura, y especialmente la literatura, como fenómeno de masas. Es lo que ocurre en el siglo xvii con la obra de poetas como fray Luis de León, san

Juan de la Cruz, Luis de Góngora, Francisco de Quevedo; dramaturgos como Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca; prosistas como Antonio de Guevara, santa Teresa de Jesús, fray Luis de Granada, Baltasar Gracián, narradores de ficción como el autor del Lazarillo de Tormes, Mateo Alemán, Cervantes, e historiadores como Diego Hurtado de Mendoza, el padre Mariana y Antonio de Solís, todos de nivel internacional.

La obra cumbre del Siglo de Oro español es, sin duda alguna, el *Quijote* de Cervantes, no sólo una novela de caballería, ni tampoco únicamente un ensayo sobre el carácter hispánico (español), o un genial retrato de la sociedad pobre y decadente, desangrada humana y económicamente por las expensas de la Conquista de América. El *Quijote* es todo un hito en la literatura universal como origen de la novela moderna, si bien existen algunos precedentes señalados como fuentes, como el *Tirant lo Blanc* del valenciano Joanot de Martorell y, obviamente, el *Amadís de Gaula*, del que tan buena opinión tiene Alonso Quijano el Bueno.

El comienzo del Siglo de Oro español corre de la mano del comienzo de la decadencia del “Imperio” español (si es que lo hubo alguna vez en sentido estricto, como cuestionan algunos pensadores contemporáneos, especialmente anglosajones). En efecto, si Carlos v llevó al reino español a una preponderancia política y cultural

de ultramar muy importante, no así se desarrolló un dominio militar paralelo, con lo que al morir éste, el austero Felipe II (del que se recuerda la famosa frase “en mis dominios nunca se pone el sol”) luchó por evitar la vertiginosa pérdida de las colonias que desafortunadamente sobrevendría inexorable en el decurso de la historia. En la medida en que España perdía fuerza, Francia primero y luego Gran Bretaña la ganaban como potencias coloniales. Por ello, a finales del siglo xviii, Francia había adquirido la relevancia cultural que mantendría hasta



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha.

Capítulo Primero. Que trata de la condición, y exercicio del famoso hidalgo don Quixote de la Mancha.



N Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia vn hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, faldon las mas noches, duelos y quebratos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos: confumian las tres partes de fu hazienda. El resto della concluian, fayo de velarte, calças de velludo para las feitas, con sus pantuñus de

Miguel de Cervantes Saavedra

EL QUIJOTE,
DE DON MIGUEL
DE CERVANTES SAAVEDRA,
OBRA CUMBRE DEL SIGLO
DE ORO ESPAÑOL.



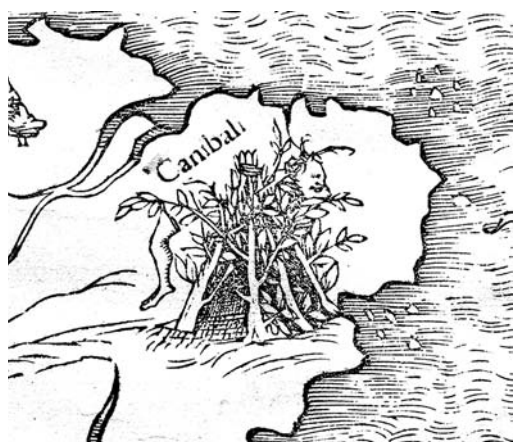
AUGE DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

ALGUNOS DE SUS PRINCIPALES AUTORES: GARCILASO DE LA VEGA, FRAY LUIS DE LEÓN, SAN JUAN DE LA CRUZ, LUIS DE GÓNGORA, FRANCISCO DE QUEVEDO, LOPE DE VEGA, TIRSO DE MOLINA, CALDERÓN DE LA BARCA, SANTA TERESA DE JESÚS, FRAY LUIS DE GRANADA, BALTASAR GRACIÁN, MIGUEL DE CERVANTES

bien entrado el siglo XIX, mientras que Inglaterra ascendía de modo imparable ya que, a imitación del imperio romano, primó el lado militar, recortando en principio las bases culturales y lingüísticas, aunque resultando a largo plazo más efectivo su dominio de ultramar en las colonias, después Commonwealth y finalmente países independientes, con los que ha mantenido siempre estrechos lazos comerciales y políticos (Estados Unidos de América, Canadá, Australia, Nueva Zelanda...)

Y así resultó que, aunque España había gozado de unas posibilidades casi ilimitadas para extender su cultura y su lengua allende los mares, y en efecto lo hizo, cuando llegó el momento de la independencia no supo canalizar y conservar su influencia cultural en las colonias, ni irradiarla fuera de ellas tanto como otros países que, como Inglaterra, sí lo hicieron en las suyas, con lo que el español nunca logró convertirse en lengua franca mundial en los campos económico o industrial, ni siquiera en el terreno intelectual, tal como lo fue el francés durante varios siglos, e incluso el alemán, sin llegar nunca a ser Francia y Alemania grandes potencias coloniales. Y del Imperio español puede decirse, como del ingenioso hidalgo de La Mancha:

Yace aquí el Hidalgo fuerte
Que a tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco;
Fue el espantajo y el coco



Del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura

Morir cuerdo y vivir loco (Cervantes, pág. 577).

A partir del descubrimiento de América se produce una evolución mutua entre España y las colonias que se refleja en indigenismos de distintas lenguas precolombinas, primero provenientes de las Antillas: del *taíno* –batata, bate, buhio, canoa, coa, maguey, maíz, sabana, tabaco, tiburón, yuca–, o del *arahuaco* –ají, iguana– (Rivarola, 2004), y posteriormente –según Lapesa (2001)– de otras limítrofes o próximas como el *caribe* –caimán, caníbal, loro, piragua, butaca–, el *quechua* –coca, cóndor, quina, llama, puma, pampa, puna–, el *nahua* –aguacate, chocolate, cacahuete, hule, petate, petaca, tiza, tomate–, y el *guaraní* –mandioca, tucán, ombú, ñandú.

Por otra parte, en la evolución del español de América existen varios fenómenos que se desarrollan paralelamente al desarrollo del andaluz en España, como son el seseo, el yeísmo, la confusión entre *r* y *l* finales, la aspiración de la *-s* final y, por último, la sustitución de *j* por *h* aspirada. Según las investigaciones de Peter Boyd-Bowman existiría una correlación clara entre la evolución del andaluz y el español de América, ya que al principio del período antillano (1493-1508) hubo un 60% de emigrantes andaluces, y entre 1509-1519, por las Indias pasó un 67% de sevillanos, por todo lo cual se formaría en las

MAPA DE AMÉRICA DE SEBASTIAN MUNSTER, 1545. (DETALLE).



ELIO ANTONIO DE NEBRIJA
AUTOR DE LA PRIME-
RA GRAMÁTICA ESPA-
ÑOLA (1492) Y DEL
PRIMER DICCIONARIO
ESPAÑOL (1495).

JUAN MANUEL FERNÁNDEZ PACHECO,
FUNDADOR Y PRIMER
DIRECTOR DE LA REAL
ACADEMIA ESPAÑOLA.



Antillas un sedimento lingüístico andaluzado, base del ulterior español de América. Y así, según subraya Lapesa (1985), esta tesis obligaría a dejar a un lado la oposición entre español de España y español de América; al menos y por cuanto a la fonética se refiere, sería más exacta la división entre *español castellano* y *español atlántico*, que englobaría las variedades de Andalucía y Canarias, además de las de Hispanoamérica.

Sabemos por las crónicas filológicas de las investigaciones e intentos de sistematizar de algún modo la lengua española ya desde la imposición de las normas del español literario de Alfonso X el Sabio en el siglo XIII, pasando por el intento de acomodo de la escritura a la pronunciación de Nebrija en el *Arte de la lengua castellana* en el XV, las reflexiones de Juan de Valdés en el *Diálogo de la lengua* (XVI), o las investigaciones históricas de Gregorio Mayans en los *Orígenes de la lengua española* (XVIII), y llegando hasta los modernos historiadores de la lengua y lingüistas como Menéndez Pidal, Lapesa, Dámaso Alonso, Alarcos Llorach, Tomás Navarro Tomás o Lázaro Carreter en los últimos dos siglos. En este recorrido se produce a principios del siglo XVIII un hecho trascendental para el posterior desarrollo del español como lengua amplia, rica y diversa: la fundación de la Real Academia Española de la Lengua (RAE), que determina en su primera etapa las reglas gramaticales, ortográficas y prosódicas básicas, comunes a todas las variedades y registros del español, con el fin de fijar las normas fundamentales para la, hasta entonces, caótica utilización de la lengua, en ocasiones de difícil inteligibilidad por la cantidad de variaciones posibles en su escritura, e incluso en ocasiones distancia en

la pronunciación. Con la independencia de las colonias, se fueron creando progresivamente Academias en los distintos países hispanohablantes, como las de Colombia, México, Uruguay, Cuba, Filipinas u Honduras.

En efecto, y sobre todo a partir de la voluntad de la dinastía borbónica de instaurar un régimen de gobierno similar al de Francia,

la necesidad de regular el uso de la lengua en todo el ámbito de habla castellana fue la consecuencia lógica resultante de la formación del Estado-nación que percibía el plurilingüismo –característico tanto de la situación lingüística en España como en América– como obstáculo de la política de unificación que intentaba llevar a cabo en otros niveles, por ejemplo, el económico, fiscal y monetario (Brumme, pág. 946).

Como todas las formas de normalización, el proceso es, por una parte, positivo, en tanto ayuda a acercar a toda la comunidad a una serie de reglas comunes para un mejor entendimiento y funcionamiento de la comunicación. Pero también tiene su contrapartida, en tanto puede actuar como corsé y evitar la evolución en libertad de la lengua, estableciendo qué es y qué no es aceptable tanto en el aspecto gramatical y ortográfico/prosódico como en el léxico, más dado a variaciones dialectales o de registros sociológicos, creación lingüística interna y préstamos externos de otras lenguas.

Desde el auge clásico al siglo XX, la literatura española no hizo más que decaer en peso e importancia en el contexto internacional, primero en el ámbito europeo y luego en Norteamérica, especialmente en los Estados Unidos. Aunque cualquier hispanista reconoce los períodos ilustrados del siglo XVIII al XIX y romántico tardío de mediados del XIX, además de algunos representantes de la ascendente literatura española de América, realmente no es sino hasta finales del siglo XIX, con el período realista, costumbrista y naturalista y, sobre todo, con la llamada Generación del 98 y el modernismo, que la literatura española vuelve a levantar cabeza en el contexto internacional, coincidiendo con el fin efectivo del Imperio y la pérdida de las últimas colonias. Autores como Baroja, Unamuno, Valle-Inclán, Azorín o los hermanos Machado vuelven a colocar en un lugar destacado la literatura española peninsular –inclusive a princi-





DESTACADOS EXPONENTES DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN LA LITERATURA. PIO BAROJA (ESPAÑA), MIGUEL DE UNAMUNO (ESPAÑA), RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN (ESPAÑA), JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ "AZORÍN" (ESPAÑA), LOS HERMANOS MANUEL Y ANTONIO MACHADO (ESPAÑA), JOSÉ MARTÍ (CUBA), RUBÉN DARÍO (NICARAGUA), GABRIELA MISTRAL (CHILE), CÉSAR VALLEJO (PERÚ), JORGE LUIS BORGES (ARGENTINA), ALEJO CARPENTIER (CUBA), MARIO VARGAS LLOSA (PERÚ), MANUEL PUIG (ARGENTINA), CARLOS FUENTES (MÉXICO), NICOLÁS GUILLÉN (CUBA), VICENTE HUIDOBRO (CHILE), PABLO NERUDA (CHILE), NICANOR PARRA (CHILE) Y JULIO CORTÁZAR (ARGENTINA).

pios del siglo XX— viéndose la americana representada por grandes poetas de la talla de José Martí, Rubén Darío, Gabriela Mistral o César Vallejo. Es en este período en el que los escritores españoles lloran por un lado la decadencia política y económica, pero por otro ensalzan la cultura y la lengua españolas; de ahí, que muchos estudiosos y pensadores como Menéndez Pidal, Ortega y Gasset o Gómez de la Serna, comenzaran a desarrollar sus investigaciones sobre la evolución de la lengua y la cultura españolas durante este triste pero curiosamente revitalizador período para la cultura española.

El siglo xx es eminentemente americano en literatura, y en él encontramos multitud de grandes autores, tanto en prosa —Borges, Cortázar, Carpentier, García Márquez, Vargas Llosa, Puig o Fuentes— como en verso —Guillén, Huidobro, Neruda o Parra—, desde las primeras experimentaciones poéticas, reflejo del panorama cultural y político europeo, hasta el “boom sudamericano”, y llegando al realismo mágico, herencia de *Martín Fierro* o *Segundo Sombra*. Al igual que había ocurrido con los “ilustrados” Estados Unidos de América unos años antes, la independencia de las colonias hispanoamericanas abrió el camino hacia una evolución lingüística y literaria algo más apartada de los designios de la Madre Patria y de la RAE peninsular. A raíz de

las diversas y asincrónicas independencias de las colonias, éstas experimentaron influencias políticas variopintas que se reflejaron muchas veces en influencias de tipo cultural, intelectual y lingüístico, aunque esto último a menor escala. Así, por ejemplo, Argentina sufriría una inmigración masiva italiana durante el siglo XIX, y otra peninsular a finales del XIX y principios del XX. México estuvo bajo los designios primero de Napoleón III y más tarde del enviado emperador Maximiliano de Austria, lo que le transmitió un cierto gusto por Europa y especialmente por lo francés. Los países caribeños permanecieron en general más afines a la cultura española peninsular por influencia de la inmigración (especialmente gallega), aunque con el tiempo fue aumentando la presión del nuevo imperialismo yanqui. De ahí la entrada masiva en los últimos tiempos de la lengua y la cultura anglosajonas (en su variante estadounidense), especialmente en los países de América central y del norte —México, Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Honduras—, y en otros sureños como Chile, Ecuador, Perú, Argentina, etc., motivados en parte por la dominación económica y política de la zona durante gran parte del siglo XX (recuérdese la doctrina de Monroe, presidente de los Estados Unidos en 1823, de no injerencia de Europa en el continente americano).

Por su parte –como lo afirma Lapesa (2001)–, a lo largo de su historia la lengua española ha ejercido también una influencia importante en multitud de idiomas europeos (inglés, francés, alemán...), sobre todo en el plano léxico: a) durante el Siglo de Oro, por influencia de la literatura y la cultura españolas; b) durante el siglo XVIII, con nombres de naturaleza y origen indios: *platina*, *albino*, *alpaca*, *lama*, *tomate*, *maté*; c) con términos de navegación: *demarcación*, *cabotaje*, *embarcadero*, *sobrestadía*, *arrecife*, y otros: *cigarro*, *merino*, *saladero*, *carambola*, *brasero*; d) con vocablos sobre vicisitudes históricas del siglo XIX: *guerrilla*, *guerrillero*, *camarilla*, *pronunciamento*, *intransigente*, *quinta columna*; e) con expresiones de la España pintoresca: *seguidilla*, *maja*, *picador*, *toreador*, *banderilla*, *rondalla*, *bolero*, *patio*, *gitano*, *trabuco*, *sainete*.

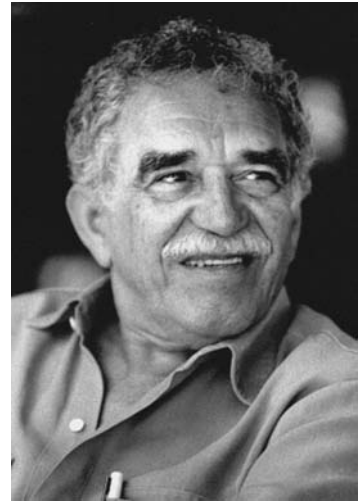
EL PRESENTE

En sentido lingüístico estricto, Francisco Moreno Fernández (2004) habla hoy en día de cuatro fenómenos evolutivos en el plano fónico: “procesos recientes como la fricativización de la africada palatal y la pronunciación rehilada de /y/; otros más antiguos continúan como el yeísmo y la progresiva eliminación de la sibilante y la dental intervocálica” (1002).

Otros de carácter morfológico y gramatical remitirían sobre todo a incorrecciones ocurridas según zonas: algunas fácilmente condenables, como *andara* (por *anduviera*), *fuistes* (por *fuiste*), ‘*me se ha perdido*’ (por ‘*se me ha perdido*’); otras menos, como ‘*contra más bebo, más sed tengo*’; el leísmo y el laísmo; *caer* (por *tirar*), *quedar* (por *dejar*), ‘*si tendría dinero*’ (por ‘*si tuviera dinero*’), ‘*¡ojalá llovería!*’, ‘*detrás mío*’, ‘*han habido muchos incendios*’; el dequeísmo (como en ‘*me han dicho de que*’); o los giros coloquiales, como ‘*vaso (de) vino*’, ‘*ca(sa) Pepe*’, ‘*to(do) el mundo*’; las expresiones calcadas de lenguas extranjeras, como ‘*a nivel de*’, ‘*al objeto de*’, ‘*en base a*’, ‘*en orden a*’, ‘*el día después*’, etc. Pero, en general, coincido con Antonio Narbona (2004) en que el español es una lengua estabilizada en cuanto a cambios profundos de tipo fónico, morfológico, léxico o sintáctico (gramatical).

A pesar de que en las últimas décadas la administración estadounidense ha tratado denodadamente de frenar el avance de la lengua española en todo el territorio, mediante leyes como “English Only” o “English Language in Public Schools”, Jenny Brumme (2004: 965) subraya

el peso real de la población hispana de los Estados Unidos –residente en su mayoría en los Estados de California, Texas, Nueva York, Florida e Illinois– debido a la inmigración masiva desde México, Centro y Suramérica, y los países caribeños como Cuba y Puerto Rico, haciéndose un hueco no sólo en la economía y la sociedad norteamericanas, sino ejerciendo una notable influencia de tipo cultural al acrecentarse los números de natalidad de la minoría hispana frente a los anglosajones e incluso en relación a la minoría afroamericana. No en vano el español es hoy el idioma extranjero más estudiado.



Aunque desafortunadamente sigue siendo cierto que política y culturalmente la consideración de la lengua española en los organismos internacionales como la ONU y la UE no refleja el peso específico que los países de habla hispana tienen actualmente en el mundo, desde la Europa de los 15 en la década de los 80 y hasta la de los 25 ya en el siglo XXI, España, su cultura y su lengua no han dejado de ascender vertiginosamente en su consideración y difusión en el resto de países de la comunidad europea, no sólo por su despegue económico y político, sino también por el cultural y, en menor medida, científico. Hoy países europeos tradicionalmente reacios como Francia, Italia, Irlanda y Gran Bretaña han comenzado últimamente a solicitar especialistas en español para enseñar en sus colegios y universidades.

A todo esto ha contribuido no sólo el estudio lingüístico o filológico en sentido estricto o académico, sino también factores mucho más pedestres, pero no por ello menos importantes como la relevancia del deporte en toda la “hispanidad”, el conocimiento más profundo e ilusionado de la cultura española en campos como la literatura, la pintura, la arquitectura, la música, el cine, e incluso la ciencia y la tecnología.

Directores de cine importantes como Pedro Almodóvar o José Luis Garcé han conseguido plantar una pica en Hollywood y hacer más conocidos y respetados



dos los festivales españoles; artistas originarios de países hispanos como Salma Hayek y Antonio Banderas y, otros que, trabajando en la sombra o siendo inmigrantes de segunda generación han conseguido triunfar y llevan muy a gala sus raíces hispánicas como Rubén Blades, Martin

Sheen o Edward James Olmos. También han adquirido una relevancia increíble hace sólo unos años desde un punto de vista histórico, músicos y cantantes como José Feliciano, Carlos Santana, Julio Iglesias o Gloria Estefan, bailarines como Joaquín Cortés, Antonio Canales, arquitectos como Calatrava o Rafael Moneo, composiciones populares musicales como la Macarena y comidas como la Paella, han acercado la lengua y la cultura hispanas a los habitantes de América, Europa y de otros remotos puntos del planeta.

La apreciación del deporte hispano en el mundo ha experimentado igualmente un gran ascenso. Baloncestistas como Pau Gasol, pilotos como Carlos Sainz o Fernando Alonso, tenistas como Arantxa Sánchez Vicario o Rafael Nadal, equipos de fútbol como el Real Madrid, el Valencia o el Barça, que han convertido la española en la liga más competitiva del mundo, entrando ya a formar parte del inconsciente colectivo “globalizado” de nuestra generación no sólo en Europa y América, sino también en lugares muy alejados hasta hace poco de la pasión futbolística y de la cultura española, con todo lo que eso representa en el conocimiento y la valoración positiva de un país, una lengua y una cultura.

Premios Nobel de literatura como Gabriel García Márquez y Camilo José Cela transmiten al mundo su pasión por la lengua y cultura españolas, científicos de renombre internacional del área de la salud como Miguel Barbacid, Bernat Soria o Rojas Marcos, astronautas y tecnólogos como Pedro Duque o Juan Oró, y otros anónimos, desafortunadamente para la ciencia hispana dispersos por el mundo, celebran siempre sus raíces y colaboran desinteresadamente en la difusión de la cultura y la personalidad hispánicas.

Finalmente, eventos internacionales como la Exposición Universal de Sevilla en el año 1986 y los Juegos Olímpicos celebrados en Barcelona en el año 1992 contribuyeron no sólo al conocimiento turístico de España, sino también a establecer un nexo para muchas personas de distintos países muy alejados de la cultura y la lengua españolas.

PERSPECTIVAS DE FUTURO

Tras un largo período continuista en la política lingüística iniciada por la Corona española a principios del siglo XVIII y según la cual la multitud de lenguas se consideraba un obstáculo para la comunicación y el progreso, a finales del siglo XX se comenzó a replantear el tratamiento de la cuestión indígena, tanto en lo relacionado con la defensa de las lenguas autóctonas, como con el respeto de la identidad étnica y cultural en un mundo moderno y globalizado. A este respecto, antropólogos y lingüistas como John M. Lipski (2004) señalan que hoy existen grandes zonas dialectales caracterizadas por la compenetración bilingüe del español y las lenguas indígenas como Yucatán (México), contacto con lenguas mayas; la sierra andina, desde el sur de Colombia hasta Bolivia, contacto con el quechua y el aymara; el Paraguay y zonas vecinas, contacto con el guaraní; además de numerosas áreas bilingües pequeñas y aisladas cuyas consecuencias lingüísticas no se extienden más allá de los enclaves étnicos.

Además se dan mezclas e interferencias constantes de distintas lenguas con el español: el *spanglish* (“Tex-Mex” o “pocho”), variante de algunas zonas de los Estados Unidos; el *portuñol* (entre Uruguay y Brasil), el *guarañol* (entre el guaraní y el español, en el Paraguay), el *yanito* (híbrido entre español e inglés del campo de Gibraltar); y lenguas de tipo criollo en contacto con la lengua española que han ido creando cierta mezcla de tipo más bien *pidgin*, como el palenquero de Colombia, o el habla bozal caribeña. Coloma Lleal (2004) nos recuerda también el judeoespañol (judezno, *paniolit*, sefardí o ladino), variedad conservada por los judíos expulsados de España en el siglo XVII, notablemente en desuso, que sufrió su puntilla con el exilio de los judíos a Israel o al Nuevo Mundo tras el genocidio de la segunda guerra mundial, aunque ya entonces se limitaba al ámbito familiar de celebraciones especiales.

◀ GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ (COLOMBIA) y CAMILO JOSÉ CELA (ESPAÑA), PREMIOS NOBEL DE LITERATURA, TRANSMITEN AL MUNDO SU PASIÓN POR LA LENGUA ESPAÑOLA.

En España se da desde la instauración de la democracia una revitalización de las lenguas autóctonas del Estado, principalmente el gallego, el catalán y el euskera. En este sentido, la situación política española ha ido oscilando a lo largo de los siglos, aunque desde los orígenes de la unidad de España, “la ausencia de un centro político, secular, desde donde se proyectara autoridad respetada, y cultura original, necesitada y apetecible, es el motivo todavía hoy de que el centro de España dé la impresión, en ciertos medios no castellanos, de ser arbitrariamente dominador” (Castro, pág. 32). De cualquier modo, tampoco esta situación representa un peligro inminente para la lengua española, aunque sí se produzcan con más frecuencia fenómenos como el bilingüismo, la diglosia y las interferencias interlingüísticas.

Frente a la multitud de variedades, contactos e interferencias con otras lenguas, Humberto López Morales (2004: 919-40) nos cuenta que en 1950 comenzaron los esfuerzos para reunir todas las Academias en una Asociación de Academias de la Lengua Española, asignando y emprendiendo labores lexicográficas, ortográficas, gramaticales e, incluso, un *Diccionario Panhispánico de Dudas* (2000), en el que hoy día se continúa trabajando. Existen proyectos futuros como la creación de un “Observatorio del neologismo”, que se aprobó en el II Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado en Valladolid en 2001. Además, sabemos que diversos países hispanos cuentan ya con leyes en relación con la promoción de la lengua en ámbitos internacionales y su enseñanza como lengua extranjera.

Por su parte, el del Instituto Cervantes, institución pública española creada tan recientemente como en 1991 (más vale tarde que nunca), se encarga de la organización de cursos de lengua española en los cuatro continentes y de la difusión de la cultura española e hispanoamericana. También debemos aprovechar el auge del turismo en nuestros respectivos países, especialmente Chile, Argentina, Cuba, México... y España, que ocupa el segundo puesto absoluto en número de turistas anuales, para colaborar todos en el conocimiento y la difusión de la lengua española. Regocijémonos con noticias, como que por primera vez, un ciudadano con raíces mexicano-estadounidenses, Antonio Villarraigosa, haya salido recientemente elegido alcalde de Los Ángeles.

Creo que de todo esto podemos sacar un dato rigurosamente cierto y es que la lengua española ha servido para unir, con mayor o menor éxito distintos pueblos y culturas, y ha sido instrumento para el diálogo en el sentido más filosófico del término: “*Shakespeare teaches us how to talk to ourselves, while Cervantes alone instructs how to talk to one another*” (Bloom, pág. 17).

Hoy en día, la lengua española está en un momento dulce, y esperemos que hasta un futuro muy lejano en vigencia ascendente. El número de hispanohablantes en el mundo, unos 400 millones como lengua materna, más unos 100 adicionales como segunda lengua, y su segundo puesto como lengua de comunicación en Internet, hacen que el español esté hoy en día disfrutando de unas halagüeñas condiciones para dar el paso final del esfuerzo de la culturización española por medio de elementos claves en dicha culturización: pongamos como anécdota ejemplificadora el éxito arrollador de los toros y el flamenco en un país tan lejano como Japón. Nuestra lengua común es sentida y querida como propia por gentes de más países que ninguna otra del mundo: en ella nos reconocemos, enlazamos, intercambiamos, y conocemos otros mundos, otros pueblos y otras culturas:

La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuene
soberano *su verbo que no mengua*
su voz *por mucho que ambos mundos llene.*
Ya Séneca la preludió aún no nacida,
y en su austero latín ella se encierra;
Alfonso a Europa dio con ella vida,
Colón con ella redobló la tierra.
Y esta mi lengua flota como el arca
de cien pueblos contrarios y distantes,
que las flores en ella hallaron brote
De Juárez a Rizan, pues ella abarca
legión de razas; lengua en que a Cervantes
Dios le dio el Evangelio del Quijote.
(soneto de Unamuno sobre *La lengua*, en Castro, pág. 266).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, A. *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. Madrid, Gredos, 1969.
- BLOOM, H. “The Personality Cultivators”. En *The Guardian*, 12 de febrero de 2005, pág. 17.

- BRUMME, J. "Las regulaciones legales de la lengua (del español y las otras lenguas de España y América)". En R. Cano (coord.), 2004, págs. 954-71.
- BUSTOS TOVAR, J.J. "Las Glosas Emilianenses y Silenses". En R. Cano (coord.), 2004, págs. 291-307.
- CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*, 2ª parte (1615). Edición de John Jay Allen. Madrid, Cátedra, 1977.
- CANO, R. (coord.). *Historia de la lengua española*. Barcelona, Ariel, 2004.
- CASTRO, A. *Sobre el nombre y el quién de los españoles*. Madrid, Sarpe, 1985.
- CORREA, J.A. "Elementos no indoeuropeos e indoeuropeos en la historia lingüística hispánica". En R. Cano (coord.), 2004, págs. 35-57.
- EL PAÍS*. "Un alcalde latino para Los Angeles". Nota editorial, 29 de mayo de 2005, pág. 12.
- FRANCHINI, E. "Los primeros textos literarios: del *Auto de los Reyes Magos* al mester de clerecía". En R. Cano (coord.), 2004, págs. 325-55.
- GAUGER, H.-M. "La conciencia lingüística en la Edad de Oro". En R. Cano (coord.), 2004, págs. 681-99.
- KREMER, D. "El elemento germánico y su influencia en la historia lingüística peninsular", en R. Cano (coord.), 2004, págs. 133-47.
- LAPESA, R. *Estudios de historia lingüística española*. Madrid, Paraninfo, 1985.
- . *De Ayala a Ayala*. Madrid, Istmo, 1988.
- . *Historia de la lengua española*. Madrid, Gredos, 2001.
- LIPSKI, J.M. "El español de América: los contactos bilingües". En R. Cano (coord.), 2004, págs. 1117-37.
- LLEAL, C. "El judeoespañol". En R. CANO (COORD.), 2004, PÁGS. 1139-57.
- LÓPEZ MORALES, H. "La actuación de las Academias en la historia del idioma". En R. CANO (coord.), 2004, págs. 919-43.
- MORENO FERNÁNDEZ, F. "Cambios vivos en el plano fónico del español: variación dialectal y sociolingüística", en R. CANO (coord.), 2004, págs. 973-1010.
- NARBONA, A. "Cambios y tendencias gramaticales en el español moderno". EN R. CANO (COORD.), 2004, PÁGS. 1011-35.
- RIVAROLA, J.L. "La difusión del español en el Nuevo Mundo". EN R. CANO (COORD.), 2004, PÁGS. 799-823.
- SECO, M. (ED.). *Léxico hispánico primitivo (siglos vii al xii)*. Proy./dir. inicial: Ramón Menéndez Pidal; redact.: Rafael Lapesa; colab.: Constantino García. Madrid, Espasa Calpe, 2004.

EUSEBIO LLÁCER

Licenciado en Filología Anglogermánica en la Universitat de València (España).

La West Virginia University le otorgó su M.A. en Lenguas y Literaturas Extranjeras, incluyendo inglés, alemán y español. Su tesis doctoral, defendida en 1995, versa sobre teoría de la traducción y su aplicación a los relatos de terror del escritor norteamericano Edgar Allan Poe. Desde 1998 es profesor titular de Lengua y Lingüística Inglesas y de Literatura Norteamericana en el Departamento de Filología Inglesa y Alemana de la Universitat de València.

